

La Javeriana somos, aunque a veces no lo sepamos

Uno no siempre sabe cuándo empieza una conversación de verdad. No me refiero a hablar, digo hablar de verdad. De eso que pasa cuando alguien dice algo y los demás lo reciben con atención —no con la cabeza sino con el cuerpo entero— y entonces el silencio se vuelve parte de la danza.

Al principio nadie hablaba. O quizás sí, pero no lo suficiente como para llamarlo conversación. Era más bien un murmullo contenido, como si todos esperáramos una señal secreta para empezar. Y llegó: el padre Juan Enrique, vicerrector del medio universitario, dio la bienvenida con una solemnidad inesperadamente cálida. Fue entonces cuando nos entregaron una arepa de queso caliente, doradita por fuera, suave por dentro, y una avena cremosa que sabía a infancia. Puede que haya sido el hambre o el frío, pero esa arepa —esa arepa— fue nuestro primer acuerdo colectivo.

Éramos más de noventa. Todos en el edificio Barón a las ocho de la mañana, abrigados hasta el cuello, con cara de viernes y ojeras de final de semestre. Afuera, el frío bogotano se paseaba entre nosotros con la tranquilidad de quien ya se ha instalado.

Cuando anunciaron que formaríamos grupos, sentí un nudo en el estómago. ¿Con quién me tocaría? A mí me asignaron el cuarto piso. El salón: paredes grises, luz tímida, ventanas grandes que no se abrían del todo, y unas sillas de colores que le daban vida al frío. Éramos ocho. Ocho que no se conocían pero que terminarían compartiendo más de lo que imaginaban.

Después de las presentaciones, lanzó la primera pregunta como quien deja caer una piedra en un estanque quieto: —¿Cuál es su lugar favorito en la universidad?

Hubo un breve silencio, como si todos buscaran dentro de sí un rincón que no sabían que habían habitado tantas veces. Roberto, el profesor, fue el primero en hablar, con esa voz templada de quien ha caminado muchos pasillos: —Las capillas —dijo—. Hay un silencio allí que me devuelve algo. No sé si es fe o memoria.

—El paso del 67 —agregó Yamile, o Yami, como prefirió que la llamáramos—. Donde estaba la Virgen. Ese sitio todavía guarda algo especial. Es como pasar por un recuerdo, un lugar para respirar y meditar.

Karen, estudiante de Derecho y Literatura, rió un poco antes de hablar: —El sótano 2 del Barón. Ya sé que suena raro, pero ahí me escondo entre clases. Me siento tranquila.

Adri, la funcionaria, asintió mientras hablaba: —El paso del 67 también. Siempre vuelvo allá, aunque no sepa bien por qué.

Jessica, profesora de Medicina, se tomó unos segundos antes de decir, como quien piensa en voz alta: —La cafetería del Barón. Pero cuando está vacía. Ese silencio no se encuentra fácil.

Y por último, Herb —bueno, Herbert, pero ya todos le dicen Herb, porque él mismo se rindió ante la dificultad de su nombre— levantó la mano con una sonrisa: —Yo voy a las canchas. No solo por el fútbol. Es el cielo abierto. La sensación de espacio.

Mientras los escuchaba, sentía que en cada palabra se dibujaba un mapa secreto, una cartografía íntima de la universidad. Lugares distintos, voces distintas, pero todos hablando de lo mismo sin saberlo: del refugio. Me pregunté entonces si no estaríamos contando nuestras propias versiones de casa.

Luego vino la lectura. Un texto de Esteban Ocampo sobre el medio universitario como espacio formativo. Alguien lo leyó en voz alta, y entonces pasó algo curioso: las palabras comenzaron a flotar por el aire como si fueran de otro tiempo, como si alguien las hubiese dicho antes en otro encuentro, otra mañana, otra aula igual de gris. Mientras leíamos, los rostros hablaban sin abrir la boca: cejas fruncidas, sonrisas que se escapaban, miradas perdidas en un punto más allá de la ventana. Era como si cada frase tocara algo que ya vivía en nosotros, pero que necesitaba ser despertado. Al final, no hubo aplausos. Solo un silencio espeso, denso, hondo. Uno de esos silencios que no son vacío, sino plenitud contenida.

A eso de las 9:30, como si el tiempo hubiera estado esperando su señal, la conversación viró. Ya no hablábamos de lugares, sino de experiencias que nos

habían marcado. Jessica, con una voz que casi no necesitaba palabras, contó de una profesora que una vez le dijo: "Estás donde debes estar". Y que esa frase, tan simple, dicha al pasar, le había cambiado todo.

Adri, que hasta entonces había hilado la conversación con manos invisibles, habló con la emoción serena de quien ha visto muchas cosas: —Yo pertenezco cada vez que acompaño a un estudiante. En esos momentos siento raíz.

Roberto tomó la palabra como quien lleva una antorcha: —Los semilleros me cambiaron la vida. Ver que el conocimiento sirve, que se entrega. Que la universidad también es para devolver.

Yami respiró hondo. Sus ojos ya estaban húmedos antes de que hablara: —Yo pasé por algo muy fuerte... y nunca estuve sola. Siempre hubo alguien. Eso, para mí, es la universidad.

Herb, con su tono siempre un poco teatral, dijo con una sonrisa triste: —Me metí a todo: teatro, música, escritura... Fue como buscarme en cada grupo, en cada escenario. Y en todos sentí que había un lugar para mí.

Karen cerró el círculo: —Para mí son mis compañeros, y algunos profes también. En las conversaciones más pequeñas he encontrado la fuerza para seguir.

Como en toda danza bien intencionada, hubo un momento en que los pasos comenzaron a desencontrarse. No era falta de ritmo, era otra cosa: una especie de sombra que cruzó la sala, un cambio sutil en la música, un desajuste entre lo que sentíamos y lo que alcanzábamos a decir.

Y entonces, como si el destino también estuviera en la conversación, se abrió espacio para hablar de lo que cuesta.

—El medio existe, pero a veces parece invisible —dijo alguien desde el fondo.

Jessica añadió con suavidad: —Cada iniciativa va bailando sola. Cuando intentan encontrarse, ya están fuera de compás.

—El medio somos, pero muchos no lo saben —dijo Roberto—. Y si no lo saben, no pueden habitarlo.

—Falta algo que nos junte —dijo Yami—. Algo que nos haga sentir parte desde el principio.

Herb levantó la mirada con una mezcla de ironía y esperanza: —Nos falta un ritmo común. Una pista donde todos podamos reconocernos, aunque no bailemos igual.

Y fue entonces cuando Adri dejó caer otra piedra al estanque: —¿Cómo hacemos para integrar? Para que el medio no sea una suma de esfuerzos sueltos, sino una comunidad viva.

La pregunta quedó ahí, vibrando, como un tambor lejano que marca un nuevo compás. Nadie la respondió del todo, pero todos supimos que esa era la pregunta que nos iba a acompañar después de salir por la puerta.

En medio de todo lo que nos atravesaba —las historias, las dudas, los vacíos, los gestos que no siempre sabíamos nombrar—, Adriana seguía ahí, guiando sin empujar. Y fue así como se fue construyendo un significado distinto del medio universitario. No como estructura ni oficina, sino como un ecosistema vivo, donde la persona es el centro y, al mismo tiempo, el punto de partida de todo.

Un ecosistema donde cada vínculo cuenta. Donde una conversación puede ser semilla. Donde lo que arde en el corazón de alguien encuentra eco y posibilidad. Un medio que no se impone: se construye entre todos.

El medio, entonces, no es una abstracción. Es el rostro del otro. La pregunta que incomoda. El gesto que sostiene. El rumor de una comunidad que respira en plural. Es un latido colectivo que se acelera cuando nos encontramos.

Y al final, cuando la mañana terminó, ya nadie era el mismo. Salimos a un campus que parecía igual, pero que de alguna forma había cambiado con nosotros. Porque entendimos, sin necesidad de repetirlo:

La Javeriana somos.

Por: Saray Ortega.

Bogotá